

CARTAS DE UN DIVISIONARIO

Estampas de aquí

Exclusivo para VALLÉS

Nuevas clases sociales

A Celia, nuestra madrina

La madrina de Guerra

La distancia es de millones de kilómetros; el desaliento sería asequible teniendo en cuenta las causas infinitas que nos rodean, y el amor a la Patria crece de continuo a medida que transcurre el tiempo y con él, el servicio cotidiano cada vez más duro y más plomizo.

El soldado enamorado de la Patria, siente una divina celosía; de temor, de añoranza, de deseos. Nada dice mientras fuma su pipa ocultándose entre las nubes de negro humo, pero en las largas horas de la oscura noche, se lo dice a las bengalas, a los rumores «parraleros», a las nubes densas y a la negra visibilidad que facilita al enemigo cobarde; y en las noches de luna grande a ella se lo explica... y a las altas, blancas y orgullosas estrellas. Y las reta que ellas bellas serán pero más lo son las que brillan en su España.

El Capitán que recorre los puestos se acerca y le dice: «tienes carta de una madrina de guerra». La luz nocturna es insuficiente, más se aprovecha la luz falsa de la vigilante cobardía del adversario y lee, lee alientos, lee la admiración sincera de una, no importa cual, camarada. Sabe de rezos y de recuerdos. A veces ríe a carcajadas, otras las lágrimas pretenden asomar a estos ojos fijos siempre en la penumbra. Las más, una sonrisa que dice muchas cosas, entre otras, la alegría de saber que en la Patria hay quien entiende de nuestras cavilaciones, que comprende nuestras floquezas, sabe de nuestros dolores y nos prodiga con generosidad y gracia nuevas y gozosas alegrías.

Y después, en la chavola semioscura, a la luz vacilante de una vela, garabateará unas letras interrumpidas mil veces por alarmas constantes, y ella las recibirá y les dará todo su valor; y no se ofenderá si le dice cosas dulces, ni si la carta está llena de manchas y borrones. Y aceptará todo lo que venga del soldado, y como madrecita buena cuidará de darle reproches cariñosos y consejos piadosos.

Quizás un día no recibirá ya ninguna otra carta del voluntario alegre. Y llorará primero, como presintiera él al caer. Más después alzará los ojos al cielo y buscando los luceros uno a uno cercará a su valiente. Otro día le llegará una carta de la Unidad: «Un ¡Arriba España! que chogó en su voz fué, en tierra extraña, su postrer adiós. Cayó en la trinchera abrazado a la Bandera y besó tu relicario, juntamente con la Cruz».

Lili Marlen y Katuska

Cantamos los españoles y por nuestra alegría alborozada nos conoce todo el

continente europeo, que es ruta nuestro hacia el puesto que tenemos asignado en el muro de contención contra la asiática barbarie comunista.

Cantamos al estilo de los tres mancebos macedónicos porque sabemos de la ayuda de Dios y creemos en la Falange.

España entona siempre canciones y hasta acepta las que las musas extranjeras inspiraron. Por que nosotros no entendemos en el disfraz que cubre los farsantes de afuera, sino que lo que nuestra alma siente debemos traslucirlo al exterior. Por ello cantamos.

Entonando sencillas y torpes melodías aprendimos las nociones gramaticales y de aritmética así como a rezar y amar a España. Canciones nos dieron nuestras madres para acallar el llanto de nuestra inconsciencia. Himnos entona gallarda nuestra juventud falangista encuadrada en las organizaciones estales. Canta en el desfile, en el campamento, en la montaña, en el campo de deportes o a los pies del misterio sublime del Altar. Y cantamos nosotros. Canciones dulces de Germanja, guerreras, suaves, como es la sazón wagneria; esta Lili Marlen que de boca en boca corre por las trincheras del Este europeo la hemos aceptado y no hay ninguno de nosotros que no entienda de emocionantes despedidas llenas de amores y besos al partir el tren, de coloquios a la luz de un callejero farol, de infidelidades a la amada en un destierro cruel, y de noches oscuras en las que su figura se nos ofrece clara y hermosa, y, también, de cacareados retornos que sabemos llegarán.

Y convertimos a esta Lili Marlen que para los «deuches» es el recuerdo de su nación y sus amados, tranquila, quieta, laboriosa, en una española, ardiente, amorosa, graciosa...

Más no podemos hacerlo así con la Katuska, porque aún cuando el dolor es amigo y camarada, no es el de esta desheredada, hija de un arrogante ex-oficial del zar, que perdió su Imperio para siempre.

Llegó nuestra Falange y ella se enamoró de uno de nosotros, no hace cual, y ni siquiera el calor ardiente del nombre del meridión llena su corazón de un poco de alegría.

Yo la he escuchado en una noche que la ventisca azotaba amenazadora los dobles ventanales de su isba miserable. En el ambiente, calor y simpatía, más su sonrisa al cantar era triste, distraída. Cantaba velados los ojos y sus manos abandonadas en posición descuidada. ¡Que triste es la vida de estas muchachas que en su propia Patria no saben cantar!

Y nosotros cantamos también y sobretudo canciones de allá la Patria, alegres casi todas, que fueron ya bautizadas y lo son aquí cotidianamente por sangre de nuestros mejores.

Y así se explica que nos conozcan nuestros enemigos de enfrente por nuestros alegres cantos. Y por ello también nos conocerán los que laboran criminalmente con los que tenemos delante. Porque estas cinco flechas de nuestro Has están teñidas con rosas rojas, y la alegre juventud española siente en sus entrañas que es portadora, pese a quien pese, de esta «Una España Grande y Libre que soñara José Antonio».

¡Arriba España!

JAIME VIÑALLONGA

Frente del Este europeo, Marzo de 1943.

La División Azul es una decisión rotunda de luchar hasta el final contra el peligro comunista.

En lo que alcanza nuestro conocimiento, vemos a la espalda de estas dos generaciones que ahora conviven y comparten las tareas de la vida cotidiana una sociedad ya hecha y con todos sus cuadros bien repletos. Esta sociedad que hemos conocido y que hoy se nos revive en documentos históricos era fruto de un mundo en cuya formación se habían invertido muchos siglos y no escasos esfuerzos. Todas las cosas estaban previstas, ni el más leve requicio dejaba penetrar lo que acababa de llegar aun caliente y transido del estremecimiento de su creación. Cada profesión ocupaba su sitio, como cada hombre, cada deseo y cada desengaño. Era una sociedad en que el hacerse un lugar costaba a veces una vida entera llena de trabajos y privaciones dolorosas.

Pero he aquí que la tremenda conmoción de estos tiempos que corren descaja instituciones y creencias, pone abajo lo que antes estaba encumbrado y encumbra lo que yacía en el suelo. Las necesidades de la lucha que se ha tenido que librar en casi todos los pueblos aumentan si cabe esa conmoción y cada hombre, cada esfuerzo, cada oficio y cada ensueño tienen que ir haciéndose un sitio en el nuevo orden social que, bueno o malo, se está desarrollando sin que haya fuerza humana capaz de ponerle coto. Lo primero que nos sale al paso es que las cosas que en un orden establecido son estimadas en mucho llegan en tiempos de revueltas a perder casi todo su valor. Cuando lo que importa es defender un mundo que se viene abajo con estrépito es natural que el esfuerzo y la tenacidad se valoren en más que la mera honradez lograda por no hacer el mal. Y así puede pensarse de todas las otras fuerzas sociales.

Si aquellas viejas clases sociales se han perturbado con las tremendas convulsiones que estamos viviendo? ¿cómo extrañarse de que vayan haciéndose nuevas clases sociales que respondan a las llamadas más irrenunciables de los tiempos que corren? Las tareas son bien distintas, los fines que se nos prescriben no se parecen tampoco mucho a aquellos fines de quietud y de mera permanencia que inspiraban la vida de hace cincuenta o sesenta años.

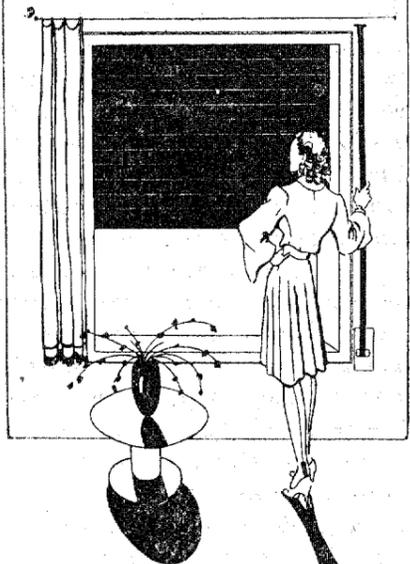
Lo que hoy tiene valor eminente pasaba hace poco casi inadvertido, y al revés, lo que hace poco tiempo era sobrestimado se nos antoja hoy casi falto de valor. Es cierto que podríamos señalar muchas fuerzas de antaño que ahora conservan su eficacia; esta venturosa permanencia presta al orden social su continuidad y nos hace al propio tiempo más perspicaces para entender los cambios que están ocurriendo a nuestro alrededor.

Pero en el nuevo orden social se abre al hombre de nuestros días posibilidades y quehaceres que antes tenía casi cerrados. Si la sociedad va moldeándose como un ser vivo en armonía con las urgencias de cada instante y como respuesta a lo que pide cada hora que llega como anuncio de un porvenir que no puede abarcar nuestra imaginación, ¿por qué no ha de irse perfilando la composición de las clases, de manera que unas pasen al lugar que ocupaban las otras? ¿y por qué no va a suceder algo parecido con los hombres, que antes parecían condenados a aceptar lo que ya estaba hecho sin remedio? No hay

duda en este punto: todas las puestas están de par en par. No hay todavía casilleros ni criterios de valoración establecidos. Las exigencias de cada día y el menester de cada situación nueva que se ofrezca van a ser los únicos moldes creadores del nuevo orden social.

Claro que en este horizonte ancho y lleno de luz no hay lugar para la queja digna de ser escuchada; el que de veras se halle dotado de resortes estimables subirá sin más que su propio impulso. Quien no sea capaz más que de mirar al pasado se convertirá inexorablemente en estatua de sal. Ahí está la sociedad, abierta, menesterosa de esfuerzo e iniciativas fecundas; el que sienta estremecerse el corazón pruebe fortuna, pero quien no tenga arrestos que calle al menos, porque sus quejas no serán oídas en los tiempos que corren, más propicios a la creación alegre y confiada que a las lamentaciones sin remedio.

EMILIANO AGUADO



PERSIANAS ENROLLABLES
ABERTURAS MODERNAS
 PIDA DATOS Y PRESUPUESTOS A
 Av. Generalísimo, 174 - Teléfono 86 - GRANOLLERS

CALES Y CEMENTOS

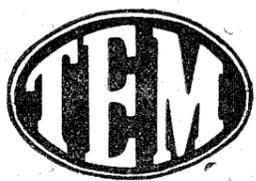
VENTA EXCLUSIVA DE LOS YESOS DE J. BAULENAS - Tona

José García Bertrán

MÁXIMA CALIDAD Y ECONOMÍA

ALMACENES EN GRANOLLERS
 Avenida de la Victoria, núm. 2
 CRUCE CARRETERAS MASNOU Y BARCELONA

INTERRUPTORES - CONMUTADORES



JOSE BOTEY

(Sucesor de Silverio Botey)

GRANOLLERS